

Del totalitarismo al populismo: el enemigo antiliberal en el discurso de derecha

Stéphane Boisard

Institut Universitaire J. F. Champollion

Laboratoire France-Amérique-Espagne - FRAMESPA Centre

National de la Recherche Scientifique -

Unité Mixte de Recherche 5136

sboisard@univ-jfc.fr

Resumen

Este artículo examina el concepto de “populismo” a la luz del discurso de sus oponentes neoliberales. Se cuestiona el alcance heurístico del término, que su uso político actual ha ido desvalorizando, tanto en los debates profanos como en los científicos. Partiendo de la teoría de Quentin Skinner, se propone una lectura política del concepto y se postula que su uso (y el contenido por ende que se le da) nos enseña tanto (o más) sobre la persona, el movimiento o el partido que lo usa que sobre el partido o la persona que designa. El discurso antipopulista es a la vez un rechazo del pueblo/etnos (el nacionalismo como esencia del populismo), una negación del pueblo/démos (el populismo como patología de la democracia porque establece la tiranía de la mayoría en contra de la élite), una acusación al pueblo/pléthos (la masa frágil manipulada por un líder e intelectuales) y una crítica a la “estadolatría” de los populistas opuestos al liberalismo económico en nombre de un igualitarismo obsesivo. Se concluye que el “populismo” es un “kampfbegriff” (un “concepto de combate”), como lo fue otrora el totalitarismo y puede entenderse como una continuación del anticomunismo de la Guerra Fría.

Palabras clave populismo; antipopulismo; neoliberalismo; democracia; antiliberalismo; mario vargas llosa.

From totalitarianism to populism: anti-liberal enemy in the right-wing discourse

Abstract

This article examines the concept of ‘populism’ in the light of its neoliberal opponents’ discourse. The heuristic scope of the term, which its current political use has been devaluing, both in lay and scientific debates, is put into question. Starting from Quentin Skinner’s theory, we propose a political reading of the concept and postulate that its use (and, therefore, the content assigned to it) teaches us much (or more) about the person, movement, or party using it than about the party or the person that it designates. The anti-populist discourse is at the same time a rejection of the people/ethnos (nationalism as the essence of populism), a denial of the people/démos (populism as a pathology of democracy because it establishes the tyranny of majority against the elite), an accusation of the people/pléthos (the fragile mass manipulated by a leader and the intellectuals), and a critique of the ‘idolatry of State’ on the part of populists who oppose economic liberalism in the name of an obsessive egalitarianism. We conclude that ‘populism’ is a ‘kampfbegriff’ (a ‘battle concept’), as totalitarianism once was and it may be seen as a continuation of Cold War anticommunism.

Key words populism; antipopulism; neoliberalism; democracy; anti-liberalism; mario vargas llosa.

Do totalitarismo ao populismo: o inimigo antiliberal no discurso de direita

Resumo

Este artigo examina o conceito de “populismo” à luz do discurso de seus oponentes neoliberais. Questiona-se o escopo heurístico do termo, que seu uso político atual vem desvalorizando, tanto nos debates leigos quanto científicos. Partindo da teoria de Quentin Skinner, propõe-se uma leitura política do conceito e postula-se que seu uso (e, portanto, o conteúdo atribuído a ele) nos ensina muito (ou mais) sobre a pessoa, o movimento ou o partido que o utiliza do que acerca do partido ou da pessoa que ele designa. O discurso antipopulista é, ao mesmo tempo, uma rejeição do povo/etnos (o nacionalismo como essência do populismo), uma negação do povo/démos (o populismo como uma patologia da democracia porque estabelece a tirania da maioria contra a elite), uma acusação do povo/pléthos (a massa frágil manipulada por um líder e os intelectuais) e uma crítica à “estadolatría” dos populistas que se opõem ao liberalismo econômico em nome de um igualitarismo obsesivo. Conclui-se que o “populismo” é um “kampfbegriff” (um “conceito de combate”), como o totalitarismo já foi e pode ser entendido como uma continuação do anticomunismo da Guerra Fria.

Palavras-chave populismo; antipopulismo; neoliberalismo; democracia; antiliberalismo, mario vargas llosa.

Du totalitarisme au populisme: l'ennemi antilibéral dans le discours de la droite

Résumé

Cet article examine le concept de « populisme » à la lumière du discours de ses opposants néolibéraux. La portée heuristique du terme, que son usage politique actuel a dévalué, tant dans les débats profanes et scientifiques, est remise en question. Partant de la théorie de Quentin Skinner, nous proposons une lecture politique du concept et postulons que son utilisation (et, par conséquent, le contenu qui lui est attribué) nous en apprend beaucoup (ou plus) sur la personne, le mouvement ou le parti l'utilisant que sur le parti ou la personne qu'il désigne. Le discours antipopuliste est à la fois un rejet du peuple/ethnos (le nationalisme comme essence du populisme), un déni du peuple/démos (le populisme comme pathologie de la démocratie car il instaure la tyrannie de la majorité contre l'élite), une accusation du peuple/pléthos (la masse fragile manipulée par un leader et les intellectuels), et une critique de « l'idolâtrie de l'État » des populistes qui s'opposent au libéralisme économique au nom d'un égalitarisme obsessionnel. Nous concluons que le « populisme » est un « *kampfbegriff* » (un « concept de bataille »), comme le totalitarisme était et peut être compris comme une continuation de l'anticommunisme de la Guerre Froide.

Mots-clés populisme; antipopulisme; néolibéralisme; démocratie; antilibéralisme; mario vargas llosa.

Introducción

El término *populismo* conoció una aventura peculiar: se ha convertido en una palabra popular. Esta palabra, que pertenecía al lenguaje universitario, se usa ahora en polémicas políticas y periodísticas a través de expresiones como “tentación populista” o “peligro populista”, que significarían un antidemocratismo o un seudodemocratismo. Puede llegar al registro del agravio y hasta de la injuria al usarse como sinónimo de “fascista” o “demagogo”. Sin embargo, en la historia de los populismos desde el siglo XIX, ni el antidemocratismo, ni la demagogia, ni el fascismo aparecen como características dominantes. Muy por el contrario. En el populismo ruso de finales de siglo XIX, está presente la orientación reformista y “progresista” propia del socialismo humanista. En cuanto a los populismos latinoamericanos, si bien muchos líderes pueden considerarse como demagogos, fueron también partidarios y/o defendieron a las clases populares e impidieron a veces golpes de Estado militares. Por esta razón, y sin negar el carácter difuso del concepto, Alain Touraine (1989, p. 167) definía el Estado nacional-popular como la interdependencia de 3 componentes: a) el Estado como defensor de la identidad nacional frente a una dominación extranjera; b) mecanismos políticos y sociales de integración; y c) la defensa de la cultura nacional y popular.

En realidad, parece imposible llegar a una categorización satisfactoria del populismo. Ya en la década de 1960, G. Ionescu y E. Gellner (1969) concluían que tal definición, unívoca y aplicable a todas las situaciones, no existía. No se hará aquí un recuento exhaustivo de la literatura sobre el populismo en América Latina desde “los clásicos” (Germani, Ianni, & Torcuato, 1973; Malloy, 1977) hasta estudios

más recientes sobre los “neopopulismos” (De la Torre, 2017; De la Torre & Arnson, 2013; Mudde & Kaltwasser, 2012; Rivero, Zarzalejos, & Del Palacio, 2017). De manera esquemática – a partir de unos ejemplos destacables –, se pueden dividir los trabajos existentes de acuerdo con la metodología adoptada. Desde la filosofía política y a partir de un método deductivo, Ernesto Laclau (2005) pone de relieve que el populismo tiene una lógica política, intrínseca y racional, que permite la expresión de demandas sociales insatisfechas. Otra perspectiva inspirada por la ciencia política propone un “catálogo” de criterios objetivos que determinan un marco normativo. Este permite incluir ciertas situaciones históricas y descartar otras. Ese es el esfuerzo meritorio que hacen Fernando Vallespín y Máriam Martínez-Bascuñán (2017), pero también Hawkins, Carlin, Littvay y Kaltwasser (2018), Kaltwasser, Taggart, Espejo y Ostiguy (2017) o Müller (2016). No escapan estas obras totalmente de un normativismo que tiende a fijar situaciones en un vocabulario politológico desencarnado. Sin embargo, al ubicar al populismo en sus contextos históricos respectivos, permiten matizar y flexibilizar categorías a veces rígidas. Otro método, el inductivo, facilita el paso de observaciones particulares o de análisis específicos a perspectivas más generales. Es el método usado, por ejemplo, por Gilberto Aranda Bustamante (2013), a partir de fuentes primarias. Logra desechar tanto la lectura politológica de Carlos Malamud (2010), que ve en el chavismo una simple re-edición del viejo populismo, como la de Marta Harneker (2004) que lo analiza como una “revolución sui géneris”. Sin desconocer ni descalificar una reflexión científica de alta calidad como la mencionada antes, el valor heurístico de este término parece menor por su uso político actual, tanto en los debates profanos como en los científicos. Esta advertencia nos lleva a adoptar el punto de vista metodológico de Quentin Skinner (2000) según el cual la teoría política no puede considerarse meramente como un “sistema general de ideas”. Inspirándose de la teoría performativa del lenguaje desarrollada por John Austin, Skinner (2000) afirma que es necesario entender las palabras como actos: los conceptos filosóficos no están por encima de la realidad ni desvinculados de ella. Son intervenciones políticas en conflictos ideológicos y, por consiguiente, el historiador debe proponer una lectura política de las posturas teóricas y filosóficas. Partiendo de esta premisa, se privilegió una definición lo más neutral posible del populismo, para no incurrir en postulados normativos *a priori*. Se entenderá el populismo según Taguief (1997, p. 8, nuestra traducción):

[...] un estilo político capaz de dar forma a diversos materiales simbólicos y de establecerse en múltiples lugares ideológicos, asumiendo la coloración política del lugar de recepción. También, e inseparablemente, se presenta como un conjunto de operaciones retóricas implementadas a través de la explotación simbólica de ciertas representaciones sociales: el gesto de apelar al pueblo presupone un consenso básico sobre lo que es y vale el “pueblo” (demos o ethnos), y sobre lo que quiere.

Para no añadir un trabajo más a una literatura ya pletórica, este trabajo propone otra perspectiva para cernir el concepto de populismo, partiendo de la manera cómo sus enemigos lo enfocan. Basándose en el postulado de Q. Skinner y en los fecundos trabajos sobre el anticomunismo (Berstein & Becker, 1987), se postula que el uso del concepto (y el contenido por ende que se le da) nos enseña tanto (o más) sobre la persona, el movimiento o el partido que lo usa que sobre el partido o la persona que designa. Se estudiará entonces en este artículo el discurso antipopulista que emana de la corriente de pensamiento que Albert Hirschman (1991) bautizó como la “tercera ola reaccionaria”. Como se mostró en un trabajo anterior, esta derecha que se ha opuesto en el siglo XX al Estado de bienestar y sus redes intelectuales en América Latina se estructuran en torno a la figura tutelar de escritor y premio Nobel de literatura Mario Vargas Llosa (Andurand & Boisard, 2017). Dos libros reflejan la lectura que esta corriente hace del populismo y servirán de fuente primaria: a) *El estallido del populismo*, dirigido por Á. Vargas Llosa (2017); y b) *El engaño populista*, de Axel Kaiser y Gloria Álvarez (2016).

Se analizará primero la figura del populista actual (primera sección). Se mostrará luego (segunda sección) que su antipopulismo es a la vez un rechazo del pueblo/ethnos (el nacionalismo como esencia del populismo), una negación del pueblo/démos (el populismo como patología de democracia) y una acusación al pueblo/pléthos (la masa frágil manipulada por un líder e por intelectuales). El discurso antipopulista de la tercera ola reaccionaria se caracteriza también por su vituperio a la “estadolatría” de los populistas “opuestos al liberalismo económico en nombre de un igualitarismo obsesivo”. Se concluirá que el “populismo” es un “kampfbegriff” (un “concepto de combate”) como lo fue otrora el “totalitarismo” y puede entenderse como una continuación del anticomunismo de la Guerra Fría. A modo de conclusión, nos preguntaremos si, como en el cortometraje rodado por los hermanos Lumière, *L’Arroseur Arrosé* (El Regador Regado), no se es siempre el populista de otro.

El retrato del populista actual según la tercera ola reaccionaria

El populismo: ¿izquierda y/o derecha?

Como primera aproximación, se puede establecer una lista de los líderes tildados de populistas en *El estallido del populismo* (Á. Vargas Llosa, 2017): D. Trump, en Estados Unidos de América (EE. UU.), A. M. López Obrador, en México, D. Ortega, en Nicaragua, Lula da Silva, en Brasil, Néstor y Cristina Kirchner, en Argentina, R. Correa, en Ecuador, E. Morales, en Bolivia. En Europa, se menciona a la France Insumise, Die Linke, Syriza y la mayoría de los movimientos de extrema-derecha, como el Vlams Block belga, el Frente Nacional francés, la Liga del Norte italiana o el AfD alemán. En España, más precisamente, se señala a Pablo Iglesias y Podemos (que sería un amalgama de marxismo,

chavismo y de guerracivilismo) y a los nacionalismos vascos y catalanes (que representarían la vieja burguesía tradicionalista). Esta lista no muestra gran originalidad, porque es la manera como la oposición a estos personajes políticos carismáticos o a estos movimientos “*anti-establishment*” los ha caracterizado siempre. Sin embargo, hay otros ejemplos que no parecen tan obvios como el de los hermanos Castro, en Cuba – que suman las categorías de comunista y populista –, de M. Bachelet, en Chile (cuyo segundo mandato es considerado como un intento de refundación del modelo económico neoclásico chileno) o del Partido Conservador británico, que empujó el Brexit en Inglaterra.

Es interesante resaltar que en este cajón de sastre no se niega la dicotomía izquierda x derecha. En sus artículos respectivos, Mario Vargas Llosa y Mauricio Rojas señalan que, en América Latina, el populismo es fundamentalmente de izquierda, mientras que en Europa su tendencia política es fundamentalmente de derecha, sin dejar de incluir en el populismo europeo a Syriza, Podemos, France Insumise, Die Linke y hasta Rodríguez Zapatero, en 2008. Si se hace un mero recuento estadístico de los casos citados en la mayoría de casos analizados en *El estallido del populismo* (Á. Vargas Llosa, 2017) y en *El engaño populista* (Kaiser & Álvarez, 2016), éste corresponde fundamentalmente a gobiernos y a líderes de izquierda. Un sólo gobierno de izquierda recibe un *satisfecit* (Mario Vargas Llosa, 2017, p. 16):

Hay además en América Latina un fenómeno interesante que va a contrapelo del populismo: gobiernos de izquierdas, como el de Uruguay [El Frente Amplio], que han respetado las instituciones e incluso propiciado algunas medidas liberales en ciertas áreas a pesar de sus ideas socialistas y su vocación intervencionista.

El sesgo antizquierdista aparece en el caso de Chile, cuando se denuncia la vocación refundacional del segundo mandato de Michelle Bachelet, que estaría inspirado por “una visión dogmática”. El ex-gremialista y *Chicago boy* Cristián Larroulet (2017) participó activamente en la dictadura militar de la Junta Militar, de 1973 a 1990. Difícilmente podía clasificar a Augusto Pinochet como populista, a pesar de ser un “líder fuerte” con vocación refundacional. Al contrario, niega a Michelle Bachelet una dimensión carismática, pero sin embargo la considera “populista” durante su segundo mandato. Como lo establece su programa presidencial, M. Bachelet quería: a) proponer una nueva Constitución; b) elevar los impuestos y cambiar el sistema tributario a favor de un mayor reparto; c) realizar una reforma laboral que da más peso a los sindicatos; e d) reformar la educación para introducir la gratuidad universal en la educación superior. Al final, C. Larroulet (2017) considera como populista al gobierno de centro-izquierda, porque se opone al programa de la derecha chilena que no ha dejado de defender el legado del general Pinochet desde la vuelta a la democracia.

El caso español es algo más complejo, porque se hace hincapié en la “transversalidad” entre los nacionalismos catalán y vasco y Podemos. Más allá de la presencia de corrientes izquierdistas

nacionalistas, la razón que permitiría unir estas corrientes tiene que ver con la finalidad que buscan. Son fundamentalmente “antiespañoles”, según la autora, Cayetana Álvarez de Toledo (2017, p. 315), XIII Marquesa de Casa Fuerte y miembro del Partido Popular, que escribe: “el nacionalismo busca la independencia y Podemos el asalto al poder” y los medios usados por estos dos bandos permiten asemejarlos. Propone entonces un impresionante catálogo de características compartidas:

Basta escarbar con la yema de un dedo para descubrir entre los separatistas y Podemos un entramado de similitudes. Las más evidentes se refieren a los medios. Ambos atizan la irracionalidad. Apelan a los sentimientos. Promueven el victimismo. Desprecian la realidad pasada y presente. Atropellan la verdad. Monopolizan la voluntad ciudadana en nombre del pueblo. Enarbolan la democracia directa contra la democracia representativa. Demonizan al discrepante. Provocan la división social. Cultivan un impúdico clientelismo. Proponen utopías mesiánicas. Y atacan la legalidad democrática y sus guardianes, los jueces y los tribunales (Toledo, 2017, p. 314).

Como prueba última de connivencia, estos dos partidos, los dos critican la transición española consensuada a finales de la década de 1970. Toledo (2017, p. 315) termina su denuncia acusándolos de ser una regresión al franquismo, “en esto, los populistas se revelan como lo que son: una regresión no ya respecto del régimen constitucional, sino del último franquismo. Son el nuevo búnker. Una feroz reacción”. Se intentará ver a continuación sobre qué base teórica descansa tal acusación.

Pobreza teórica del antipopulismo: el populismo como “*forme jugée*”

Pese a que algunos artículos tienen cierta calidad estilística, ninguno de los dos libros estudiados presenta una definición común del término *populismo*, lo que le resta mucha fuerza a la argumentación. Los autores de *El engaño populista* plantean que su libro “no es un tratado sobre populismo que pretenda abarcar el fenómeno en toda su complejidad, variedad y multitud de dimensiones [sino que] se limitará a las formas más duras de populismo” (Kaiser & Álvarez, 2016, p. 22). Su propósito es referirse al “populismo como producto intelectual” porque “las ideas, las ideologías y la hegemonía cultural que construyen intelectuales y líderes de opinión son nutrientes fundamentales del populismo” (Kaiser & Álvarez 2016, p. 22). Aunque recalquen en esta dimensión intelectual, no se refieren en el libro a una definición concreta del populismo. Según ellos, éste puede ser tanto de izquierda como de derecha, pero en los hechos los únicos casos de populismo examinados se limitan a la izquierda que volvió al poder en América Latina con la marea rosa de los años 2000. El rasgo principal de esta élite gramsciana populista sería su igualitarismo obsesivo y su antiliberalismo.

La explicación más elaborada es sin lugar a dudas la de Mauricio Rojas (2017). Apoyándose en el libro del filósofo argentino Ernesto Laclau (2005), afirma que el populismo es ante todo una “lógica política” y no un movimiento identificable con una base social especial o con una determinada orientación ideológica. Por ello, la lógica populista puede ser tanto de izquierda como de derecha y hacerse vocera de los más variados intereses sociales. Reconoce este autor que el populismo se encuentra “en grados variables en prácticamente todos los partidos políticos” al ser un estilo político que agita las pasiones populares y busca ganar apoyo popular mediante la demagogia. Se articularía en torno a 5 ideas básicas: a) la contraposición maniquea entre pueblo – que tiene unicidad y representa la verdadera nación – y élite – que representa el *establishment*; b) el enemigo foráneo al cual estaría vinculada la élite autóctona (bajo su forma de imperialismo, globalización neoliberal o el extranjero); c) la metáfora apocalíptica que se traduciría como una constante amenaza letal contra el pueblo; d) el componente mesiánico, que implica la necesidad de un salvador; y e) el discurso generalizado de protesta. Se manifestaría entonces el populismo bajo tres características sobresalientes: a) las formas democráticas plebiscitarias (es decir rupturistas y confrontativas) con vistas a aplicar programas refundacionales; b) una fuerte orientación hacia el personalismo, supuesta simbiosis entre pueblo y líder; c) su inestabilidad, puesto que los movimientos populistas sólo descansan en el líder, pero éste al ser desafiado puede perder su papel unificador o, una vez electo, puede tener que edulcorar su mensaje.

Con la salvedad de este ejemplo, los capítulos que componen *El estallido del populismo* (Á. Vargas Llosa, 2017) y *El engaño populista* (Kaiser & Álvarez, 2016) presentan entonces un cuadro meramente descriptivo de la situación de distintos países y de sus respectivos líderes. Para Julián Castro-Rea (2018, p.144), estos libros no tienen pretensión científica porque pertenecen a los que llama *best sellers* periodísticos, que lograron una difusión bastante importante en el mundo hispánico:

Los llamados *best sellers* (más vendidos) son libros de tapa blanda que se producen de forma masiva para su distribución a un público con una cultura general promedio en un mercado editorial. Pueden ser obras de ficción (novelas, cuentos, poemas, etc.) o no ficción (ensayos, análisis de la realidad actual, libros de autoayuda, etc.). Debido a su bajo costo de producción por copia, las editoriales pueden ofrecer estos títulos a precios competitivos. De esta manera, los *best sellers*, en la medida en que proponen una interpretación accesible, a cualquier lector atento, de complejos problemas sociales, políticos y económicos, pueden ser un instrumento poderoso en la lucha por la hegemonía, en el sentido en que Antonio Gramsci habla.

Esta interpretación viene reforzada por el hecho que estos libros salieron en un momento clave de elecciones presidenciales en muchos países de América Latina y en España. Los principales autores movilizados no ocultaron sus apoyos a los partidos de derecha que participaron en dichas

elecciones y el tono apologético usado en muchas páginas de estos libros es más propio de un discurso de campaña electoral que de un análisis científico. En ninguno de estos dos libros hay voluntad real de discutir los presupuestos mismos del término “populista”. La inmensa mayoría de los artículos se limitan a citar, como prueba fehaciente de la veracidad de su análisis, a autores afines a su propia lectura ideológica, a la manera de un sistema de autocitación que se autojustificaría, lo que conduce irremediamente a demostraciones tautológicas que impiden una argumentación contradictoria. Es posible afirmar pues que el uso del concepto de populismo que se hace en estos libros corresponde a “*une forme jugée*”, según la expresión de Roland Barthes en *Le degré zéro de l'écriture*. Marc Angenot (2014, p. 9, nuestra traducción) explica al respecto:

Algunos conceptos presentan el mundo “bajo una forma juzgada”. La expresión es de Roland Barthes en *El grado cero de la escritura*: “totalitarismo”, “neoliberalismo”, etc. En cierto modo, estas categorizaciones, estas etiquetas idealtípicas, lo dicen todo: si aceptas este término para calificar una opinión, una teoría, te predispones a asumir la culpa y las conclusiones que la acompañan. El proceso de condenación del etiquetado es una forma de atribuir autoridad *motu proprio*, la apariencia al menos de una delegación de autoridad, por el solo hecho de que califica de manera cuasi-legal que la persona que lo propone se convierte en fiscal y transforma la opinión contraria en algo más que una “simple” opinión: una falta, un delito o incluso, en un vocabulario anticuado que conserva su significado, una blasfemia contra lo sagrado cívico y político, algo que finalmente se designa a sí mismo a la indignación pública. Hay categorías que son en sí mismas un argumento o, más bien, que permiten que se utilice para sacar ventaja mientras se busca intimidar.

Pese a su uso como “*forme jugée*”, cabe sin embargo analizar a los argumentos desarrollados en el discurso antipopulista.

El populismo de los antipopulistas: el populismo como patología de la democracia

El populismo y la cuestión del pueblo: ¿ethnos, démos y pléthos?

Aunque Etienne Balibar (2015) prefiere hablar de “contrapopulismo” sin definirlo concretamente, sino como una estrategia de los defensores del neoliberalismo actual para asustar a los pueblos, es preciso señalar que el concepto de antipopulismo – al igual que el de populismo – padece de una definición teórica unitaria y unívoca. Algunos autores ponen de relieve que el

antipopulismo, en su versión académica, traduce un desprecio al pueblo, lo que Federico Tarragoni (2013, pp. 58-59, nuestra traducción) llama, por ejemplo, una “populología”:

Al avivar las pasiones y halagar los instintos de un votante que termina por aborrecer el interés y privilegiar su pertenencia-real o fantasmada-al pueblo, el populismo pone en peligro la gobernabilidad y debe ser necesariamente antiliberal. Estos presupuestos epistemológicos recorren la literatura científica sobre el populismo. Pero son tanto más asumidas ya que el analista acumula varias formas de legitimidad-científica, mediática, política e intelectual.

Federico Tarragoni (2013, pp. 58-59, nuestra traducción) ilustra el vínculo entre irracionalidad popular y peligro populista con un discurso de Mario Vargas Llosa, galardonado con el Premio Nobel de Literatura, al comentar éste la actualidad venezolana en 2001:

El hecho de que tantos venezolanos apoyen los delirios populistas y autocráticos de la ridícula figura del Teniente Coronel Hugo Chávez no lo convierte en un demócrata. Sólo revela los extremos alcanzados por la desesperación, la frustración y la inculturación cívica del pueblo venezolano.

Al criticar una supuesta incultura cívica de los venezolanos que lo llevaría a votar por un antidemócrata, Mario Vargas Llosa omite decir lo que entiende por “pueblo venezolano”. Sin embargo, Etienne Balibar (2015, p. 3 nuestra traducción) subraya que, en el plano teórico, la “soberanía popular” crea una tensión entre populismo, nacionalismo y democracia. Y ésta no se puede resolver sin definir precisamente el vocablo “pueblo”:

En cierto modo, siempre ha existido la tensión; está inscrita en el corazón de los sistemas políticos modernos, porque, como ya indica la etimología, la noción de “pueblo” puede entenderse de distintas maneras. La palabra que se conserva en el griego moderno en el uso constitucional, *laos*, de la que se deriva el nombre “populismo” (*laikismos*) (es bastante divertido para un francés que sea un cuasi-homónimo de laïcité, que es actualmente uno de los grandes puntos de fijación del populismo en Francia) es sólo uno de los que designan o connotan la idea de “pueblo” en el lenguaje tradicional de la política. Hay por lo menos otros tres que están más o menos en competencia entre sí: primero *ethnos* (el pueblo histórico como cultura común, o incluso como descendencia genealógica, por lo tanto esencialmente la nación o la nacionalidad), luego *démos* (digamos la comunidad de ciudadanos, que se supone que tiene el poder constituyente), y finalmente *pléthos* (que las lenguas latinas traducen como masa, multitud o *plethos*).

¿Cómo se plantea el discurso antipopulista esta cuestión del pueblo en su triple dimensión de *ethnos*, *démos* y *pléthos*?

El pueblo/ethnos y la ponzoña del nacionalismo

Mario Vargas Llosa (2017, pp. 9-10) escribe a propósito del populismo:

No se trata [La amenaza populista] de una ideología sino de una epidemia viral – en el sentido más tóxico de la palabra – que ataca por igual a los países desarrollados como atrasados [...] El populismo es una degeneración de la democracia [ningún país] está vacunado contra esta enfermedad.

La idea de patología de la democracia (discurso orgánico y médico) puede definirse parafraseando al pensador Corrado Gini (1935, pp. 725-726) (fascista y creador del famoso índice epónimo), al sugerir la existencia de una “patología económica”. Esta quiere dar cuenta de las causas del desequilibrio y de los mecanismos de reequilibrio de la organización política de las sociedades. En el análisis que propone Mario Vargas Llosa, la patología política supone la existencia de una posición “realista”, incluso “naturalista”, de lo que debe ser una sociedad democrática, como el topos clásico del “orden político justo”. Se caracteriza entonces el populismo, según él, por un retroceso a una etapa tribal, la del nacionalismo: frente a la globalización a la que considera como el hecho más promisorio del tiempo actual, éste es la negación de la cultura, de la democracia y de la racionalidad. Apela a los instintos más acendrados en los seres humanos, al espíritu tribal, a la desconfianza y al miedo al otro por tener una raza, lengua, o religión distintas, a la xenofobia, al patriotismo y a la ignorancia. Presentado como un sentimiento anti-racional que surge en un contexto de crisis, el nacionalismo es, según Mario Vargas Llosa (2017, p. 11), uno de los factores explicativos principales de la ponzoña populista: “el ingrediente central del populismo es el nacionalismo, la fuente, después de la religión, de las guerras más mortíferas que haya padecido la humanidad”.

Tal como la concibe Karl Popper (1945), en que se apoya el análisis de Mario Vargas Llosa, la sociedad cerrada, mágica, tribal o colectivista se fundamenta en teorías “orgánicas” o biológicas del Estado. Las relaciones entre los miembros tienden a ser más “físicas” que “socialmente abstractas”. El racismo se vuelve entonces el ingrediente central del nacionalismo, porque es el arma del pueblo/ethnos que se defiende como comunidad orgánica frente a una agresión exterior. Según Mario Vargas Llosa, los países de más arraigadas tradiciones democráticas, como Gran Bretaña, Francia, Holanda y EE. UU. no están exentos de esta “corrupción cancerosa”, lo que muestra que el germen de la destrucción puede encontrarse dentro de la sociedad abierta misma. En general, surge cuando el pueblo es manipulado por líderes sin escrúpulos, logrando que el pueblo/démos vote por él.

El pueblo/démos frente al líder carismático: la supuesta fragilidad psicológica de las masas

El tema del líder no merece aquí un análisis detallado, porque la presencia del líder y de su relación directa con el pueblo suelen ser la característica central esgrimida por todos los analistas del populismo. Lo importante descansa, sin embargo, en la graduación propuesta en los libros *El estallido del populismo* (Á. Vargas Llosa, 2017) y *El engaño populista* (Kaiser & Álvarez, 2016). A modo de ejemplo, el retrato que se ofrece de Lula da Silva es moderado (Schüler, 2017). Lo único que se reprocha a este líder es que fue demagógico a la hora de apelar al pueblo, pero no tanto por convicción ideológica como por mero pragmatismo. Al contrario, Juan Claudio Lechín (2017, p. 246) otorga una dimensión casi divina a Evo Morales:

El caudillo populista es generalmente un ser vacío de convicciones. Su patológica ambición de poder está movilizadora por una gran voluntad (Triumph des Willens) y orientada por una antena intuitiva (un pragmatismo natural). Su antena capta lo obvio, la inequidad, la injusticia, el antisemitismo, pero fundamentalmente los traumas del inconsciente colectivo. Y cuando lo hace, el caudillo mesiánico se vuelve espejo del alma colectiva y la colectividad se mira en él, reconociéndose y encantándose. Este narcisismo popular genera una devoción masiva. En el año 2003, [Evo Morales] detectó el creciente indigenismo y se declaró indigenista. En ese momento se transformó de político en mesías.

En el caso de Manuel López Obrador, no es tanto el líder que apela al pueblo, sino el pueblo que podría también influir en su “personalidad maná” y en la manera cómo se comporta. Explica Enrique Krauze (2017, p. 79):

Ahora, mucho más que en la época de Echeverría, la dialéctica descrita por Jung está operando [la de la personalidad maná]. El “inconsciente colectivo” de muchos mexicanos está arrastrando a López Obrador al desequilibrio exigiéndole cumplir expectativas mesiánicas [...] El ha sido el primero en alentar esas expectativas y en creer que puede cumplirlas. “Ungido”, más que electo, por el pueblo, podría tener la tentación revolucionaria y autocrática de disolver de un golpe o poco a poco las instituciones democráticas, incluyendo la reacción.

En el otro extremo, tenemos retratos de líderes que dibujan seres casi demoníacos, aprovechadores, sin escrúpulos ni moral. Ejemplo de esta crítica caricaturesca es la que se hace en el libro de Axel Kaiser y Gloria Álvarez (2016), mostrando que el líder populista es parte de la

hybris (de la desmedida) griega. Según los autores, el populismo permitiría abarcar, como realidad histórica, a los regímenes siguientes:

Lo cierto es que más allá de las comparaciones, ideológicamente, gente como Mussolini, Hitler, Stalin y Mao estuvieron en una misma trayectoria de un Chávez, Perón, Castro, Iglesias, Allende, Maduro, Morales, Correa, López Obrador, Kirchner y Bachelet (esta última en su segundo gobierno, en el cual implementó un programa refundacional con el objetivo de terminar el exitoso sistema de libertades prevaleciente por más de tres décadas) [Es decir desde el inicio de los años 80 en Chile cuando la dictadura del General Pinochet glorifica/enarbola la sociedad libre en su Constitución del 80!] (Kaiser & Álvarez, 2016, p. 28).

Según estos autores, el populismo latinoamericano puede rastrearse en la creación en Europa del mito del “buen salvaje” cuyos promotores desvalorizaron la civilización europea y enarbolaron al nativo americano, atacando la idea de propiedad privada. En un mismo subcapítulo, logran trazar una línea de pensamiento populista y totalitario que va desde Michel de Montaigne a Raúl Prebisch, pasando por Jean-Jacques Rousseau, Karl Marx y Che Guevara. Son ellos los responsables de la difusión del mito del buen salvaje:

Seguidor de Montaigne, el filósofo francés nacido en Ginebra Jean-Jacques Rousseau, un directo precursor de los totalitarismos marxista y nacionalsocialista, llevaría este mito del buen salvaje y la condena a la propiedad privada hasta el delirio [...] Es inevitable no ver en este mito que retrató a los latinoamericanos como “víctimas” de los Europeos uno de los orígenes intelectuales de la famosa doctrina del “estructuralismo” que llevó al ruinoso sistema de sustitución de importaciones que predominó en América Latina desde la década del 1940 en adelante (Kaiser & Álvarez, 2016, p. 36-40).

Tanto en *El estallido del populismo* (Á. Vargas Llosa, 2017) como en *El engaño populista* (Kaiser & Álvarez, 2016), esta visión distorsionada de la realidad defendida por los populistas ha sido posible gracias a la manipulación del pueblo. El título mismo del libro de Kaiser y (2016), al referirse a un “engaño”, es sintomático de la lectura. Más generalmente, todo el campo semántico de estos libros gira en torno a la idea de “mentira”, “estafa”, “trampa”, “mixtificación” o “embaucamiento” que se hacen en perjuicio al pueblo, puesto que una élite totalmente dedicada a afirmar la voluntad hegemónica del líder logra manipular el pueblo. El pueblo/démos (es decir un conjunto de ciudadanos) se convierte entonces en un pueblo/pléthos, es decir una masa subyugada por su líder. Debido a su superioridad numérica, esta masa logra llevar y mantener en el poder al líder, lo que

lleva estos autores a cuestionar la validez de la “soberanía popular” como fuente de la democracia. Según Gabriela Calderón (2017), este problema se plantea en Ecuador puesto que la ecuación “una persona, un voto”, que descansa en una visión atomista de la sociedad, viene “parasitada” por la idea de bien común inspirado del concepto de “buen vivir” que mantiene a los ciudadanos en un estado de inmadurez.

En su estudio sobre Evo Morales, Juan Claudio Lechín (2017) se pregunta en el título, sin contestar nunca desgraciadamente, si los gobiernos de Morales pueden ser caracterizados como “monarquía plebeya” o “monarquía lumpen”, que hubieran acarreado una “infantilización del Indio”. Se cruzan en esta interpretación de la fragilidad de las masas una idea del indio como un niño que se remonta al periodo colonial con interpretaciones más recientes. Para Seymour Martin Lipset (1963), por ejemplo, los movimientos populistas y extremistas atraen a los descontentos y a las personas que sufren de fragilidad psicológica, a los individuos en una situación de fracaso personal, a las personas inmaduras, incultas y autoritarias. Esta fragilidad de los pueblos y de los individuos instrumentalizan los líderes a través de los recursos del Estado que permiten el establecimiento de un sistema clientelista. De ahí la obsesión contra la supuesta estadolatría de los populistas y su lucha por la conquista del Estado, recurso fundamental de su poder.

El populismo como “kampfbegriff” la crítica a la idolatría del Estado

La crítica al Estado de bienestar: una línea divisoria entre populismo y antipopulismo

Para los miembros de la tercera ola reaccionaria, la línea divisoria entre populismo y antipopulismo resulta ser fundamentalmente la defensa del Estado de bienestar o lo que ellos llaman el *estatismo*. Escribe Mauricio Rojas (2017, p. 373):

Mucho más relevantes son otras líneas divisorias [que la derecha/izquierda], como las que separan “modernistas” y “tradicionalistas” en sentido valórico o aquellos que proponen una expansión de las funciones y regulaciones estatales respecto de quienes propugnan un Estado limitado y mayor libertad de acción para la esfera privada. Esta última línea divisoria ha cobrado gran relevancia debido a la evolución de diversos partidos populistas “de derecha” hacia el estatismo, en particular en lo referente al Estado de Bienestar, cuya defensa y expansión en muchos casos se ha transformado en un eje clave del discurso populista.

Conceptual y teóricamente, A. Kaiser y G. Álvarez (2016, p. 28) explican que el populismo es equivalente a – para no decir sinónimo de – totalitarismo porque descansa en el odio a la libertad individual y la idolatría del Estado: “el nazismo alemán y el fascismo italiano, por ejemplo [...] también fueron movimientos populistas que hicieron del odio a la libertad individual y de la adoración del Estado su impulsor fundamental”.

De manera más sutil, Álvaro Vargas Llosa (2017) considera que Donald Trump es fundamentalmente un populista, pese a algunas de sus medidas más importantes y emblemáticas, como la baja masiva de impuestos a los más ricos, son juzgadas como antipopulistas. Esta dicotomía permite calificar a los gobiernos de Felipe González y de José María Aznar como antipopulistas. Al igual, se considera que Chile quedó libre de populismo del 1990 al 2014, incluyendo entonces en una misma continuidad los gobiernos de la Concertación de centro-izquierda y el del derechista Sebastián Piñera. Esta lectura está presente también en el análisis del populismo de derecha en el cual se distingue, por ejemplo, entre los partidos xenófobos y el Partido Conservador inglés que está liderando el Brexit. Mario Vargas Llosa (2017, p. 11) lamenta, por ejemplo, el hecho de que “el nacionalismo inglés tiene, desgraciadamente, algunos aspectos liberales que añaden complejidad a la discusión y confunden a mucha gente”. Pero logra resolver esta postura esquizofrénica aludiendo al hecho de que la culpa del Brexit no lo tiene la derecha británica conservadora, sino la burocracia europea. Tomando como ejemplo a su mentor político más venerado, Margaret Thatcher, dice Mario Vargas Llosa (2017, p. 11) que hoy la tarea de los liberales es luchar contra esta burocratización:

El rechazo de Europa en parte es el rechazo a la burocracia Europea, una realidad que no se puede negar, aunque la mejor forma de dar la batalla contra ella es desde adentro [...] Esos principios liberales, que algunos políticos e intelectuales británicos comparten hoy, son respetables desde luego, y es muy necesario combatir la burocratización del proyecto europeo.

Esta crítica al Estado de Bienestar y al Estado no puede entenderse sin tomar en cuenta el papel histórico que la tercera ola reaccionaria asigna al populismo.

El populismo como otro totalitarismo: la continuación del anti-comunismo de la Guerra Fría

Es preciso notar, primero, que en los dos libros estudiados no se traza un vínculo entre los populismos históricos de los años 1930 y 40 y los actuales. La filiación histórica privilegiada se establece más bien con los fascismos europeos y los regímenes comunistas del Bloque del Este durante la Guerra Fría. Como lo explica Juan Claudio Lechín (2017) en su estudio sobre Evo Morales, el populismo es hoy un término más conveniente que “fascismo” o “comunismo”. La variedad – aparentemente irreconciliable de estos movimientos entre sí – se hace con base en la definición mínima del término “populismo”, que sólo sería un nuevo autoritarismo (Lechín, 2017, pp. 253-254):

[...] la etimología de la palabra “populismo” (populus-pueblo e ismo-doctrina), doctrina del pueblo, tiene su componente de exactitud pues culpa al pueblo por los regímenes autoritarios que consiguen seducir su apoyo [...] La mayor virtud de la palabra “populismo” es que engloba al fenómeno de los autoritarismos que nacen con apoyo popular, sin provocar prejuicios como cuando se usan las palabras “fascismo” o “comunismo”.

Pese a que la mayoría de los gobiernos latinoamericanos de izquierda, tildados de populistas por los autores de los libros estudiados, llegaron al poder por la vía democrática, se les niega el adjetivo de “democrático” por ser “antiliberales” en lo económico. En la realidad, estos gobiernos fueron en su gran mayoría afines a una social-democracia de tipo europeo que no se opone al libremercado y fueron muy pocos los que siguieron la línea del socialismo del siglo XXI propiciada por el líder venezolano Hugo Chávez. Sin embargo, para Mario Vargas Llosa (2017, p. 7), “el comunismo ya no es el enemigo principal de la democracia liberal – ‘de la libertad’ – sino el populismo”. Este autor no llega nunca a asimilar el comunismo con el populismo, porque reconoce que la mayoría de los movimientos populistas de derecha son férreos anticomunistas. Sin embargo, establece una continuidad histórica entre comunismo y populismo a partir de una genealogía “antiliberal” que amenazaría un orden occidental y capitalista, visto como la última etapa de una evolución natural de los pueblos. A pesar de que el concepto de antiliberalismo no tiene fundamentos teóricos fiables (Boisard, 2017), se suele desde la Guerra Fría confundirlo con el de “totalitarismo”. Al hablar de “dictaduras populistas o comunistas” como manifestaciones del totalitarismo, se asume que los términos son sinónimos prescindiendo de un análisis de los tipos de regímenes que suponen cada una y de una historización de los conceptos. Sin embargo, como lo recuerda E. Traverso (2001, p. 11), el totalitarismo tiene una “sustancial ambigüedad” por:

[...] significar a la vez un hecho (los regímenes totalitarios como realidad histórica), un concepto (el Estado totalitario como forma de poder nueva e inclasificable entre las tipologías elaboradas por el pensamiento clásico) y una teoría (un modelo de dominio definido por los elementos comunes a los diversos regímenes totalitarios, después de haber procedido a su comparación).

La historización del concepto muestra que el momento de su mayor uso corresponde a la Guerra Fría (Traverso, 2001, p. 83):

El periodo que se extiende desde 1947 hasta 1960 será, por ende, la edad de oro de la idea de totalitarismo, que alcanzó entonces su formulación teórica acabada y de mayor difusión. Sin embargo, esta canonización se hará al precio

de una mutación relevante: más que una función crítica frente a los regímenes existentes – como en los años 30 –, el concepto de totalitarismo asumía una función apologética del orden occidental, dicho de otro modo, se transformaba en ideología.

Deduce Enzo Traverso (2001) que la función ideológica del concepto de totalitarismo se debe a que después de la Segunda Guerra Mundial, el antiguo enemigo, Alemania, se transformó en nuevo aliado mientras que el ex-aliado frente a los fascismos, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), se transformó en la principal, si no exclusiva, encarnación del totalitarismo. El antitotalitarismo llega entonces a confundirse con el anticomunismo convirtiéndose en una arma de propaganda y un “concepto de lucha” (Kampfbegriff) (Traverso, 1998, p. 102).

Para los autores de los dos libros analizados, el antipopulismo, visto como la continuación del antitotalitarismo, es hoy día el último baluarte del “orden occidental” y EE. UU. sigue siendo el faro del mundo libre. Y para Mario Vargas Llosa (2017, p. 18), el “orden occidental” está hoy día amenazado por el debilitamiento actual de los EE. UU. y la política aislacionista de Donald Trump:

Trump ha explotado esta tendencia aislacionista y pretende dejar la puerta abierta a que demagogos autoritarios como Vladimir Putin reemplacen el liderazgo de EE. UU., debilitando por ejemplo la capacidad de Europa de frenar los impulsos imperialistas del líder ruso. Estados Unidos es claramente el líder de Occidente y tiene una responsabilidad que no puede eludir. Pensar que el mundo libre puede prescindir de una política exterior activa por parte de Estados Unidos es una peligrosa ingenuidad.

La demostración de la continuidad y de la semejanza entre la época de la Guerra Fría y la situación actual descansa en el papel de una élite intelectual de izquierda, directamente inspirada de Antonio Gramsci, que defendió un modelo antiliberal durante la Guerra Fría al sostener regímenes socialistas y que sigue activa hoy con la defensa de gobiernos populistas. En los dos libros estudiados, se insiste mucho en la responsabilidad que incumbe a las “camarillas de intelectuales” que estarían actuando a la sombra de líderes carismáticos. En el texto sobre Rafael Correa en Ecuador, Gabriela Calderón (2017, p. 219) se refiere a la “tiranía de los ingenieros sociales”:

El gobierno de la Revolución ciudadana llegó hace diez años al poder jactándose de ser un grupo de personas con “mentes lúcidas, corazones ardientes y manos limpias” [...] El argumento era que un grupo de supuestos iluminados, con voluntad de servicio y sin ambición de beneficiarse personalmente del poder, llegaban a salvarnos de un pasado mítico en el que supuestamente habíamos

estado sometidos a los arbitrios de los privados. Eran los privados los malos, los culpables de la corrupción y por eso se requería expandir la envergadura y tamaño del Estado para controlarlos.

Termina la demostración esta autora acusando a estos ingenieros sociales de ser expertos en “utopía de la refundación”, “idólatras del Estado” obsesionados por el igualitarismo, de corrupción y de decadencia puesto que, citando a Ludwig von Mises (1996, p220), “el intervencionismo engendra siempre corrupción”. *¡Quod erat demonstrandum!* (Lo que se quería demostrar).

Este tema de la élite gramsciana es también una verdadera obsesión de Axel Kaiser (2014) –como lo muestra su libro *La fatal ignorancia. La anorexia cultural de la derecha frente al avance ideológico progresista*, cuyo título plagia el ensayo de F. Hayek, *The fatal conceit*, conocido como una biblia del anticonstruccionismo. En el libro *El engaño populista* (Kaiser & Álvarez, 2016), los autores dedican la tercera parte a la “hegemonía cultural como fundamento del populismo”. Explican que “para entender el fenómeno populista, especialmente en su variante totalitaria, es fundamental saber que este se sirve de todo un lenguaje y un aparataje intelectual creado especialmente para destruir la libertad y justificar las aspiraciones al poder del líder” (Kaiser & Álvarez, 2016, p. 82). Apoyándose en George Orwell, estos autores pretenden, entonces, desenmascarar a estos intelectuales de izquierda. La razón es simple: “el por qué de que, en general, los intelectuales prefieran el socialismo se debe en parte a que a la mayoría de ellos no les interesa la verdad, sino imponer su visión del mundo, sea cual sea el costo que otros deban pagar” (Kaiser & Álvarez, 2016, p. 85). Más allá del hecho de que existiría una verdad y que los oponentes liberales a los socialistas la tendrían, los autores explican a partir del ejemplo del líder de Podemos, Pablo Iglesias, la preeminencia de Antonio Gramsci hoy día en la lucha política (Kaiser & Álvarez, 2016, p. 94):

Iglesias dice, entonces, que el campo de disputa de todo el proyecto fascipopulista que llevan adelante es la cultura y el terreno de las ideas. Así, su lucha es primeramente de tipo intelectual, y debe serlo porque, como carecen de “los fusiles de Mao”, no pueden hacer la revolución armada para llegar al poder. Lo que deben hacer entonces es cambiar la hegemonía utilizando las estructuras democráticas para llegar a controlar el poder del Estado.

Los padres intelectuales del socialismo del siglo XXI son, entonces, el argentino Norberto Ceresole, el francés Ignacio Ramonet, el alemán Heinz Dieterich, el estadounidense Noam Chomsky, el húngaro István Mészáros, el español Juan Carlos Monedero, el británico Alan Wood y la chilena Marta Harnecker. Dentro de los promotores del socialismo, los dos autores incluyen también al Papa Francisco cuya “liviandad de juicio” (Kaiser & Álvarez, 2016, p. 144) lo ha llevado a entender “todo mal” (Kaiser & Álvarez, 2016, p. 147). Escriben Kaiser y Álvarez (2016, p. 145): “más evidente y grave

es el desconocimiento de Su Santidad cuando sostiene que el libre mercado no mejora la situación de los pobres y que la idea de que lo hace ‘nunca ha sido demostrada por los hechos’”.

La meta final del estatismo según los autores estudiados es, sin embargo, la misma: se defiende la idea de un Estado fuerte para manipular a las masas a través de redes clientelistas financiadas por el erario público. Como el populismo no es más que la continuidad por otros medios del “colectivismo” (en su forma tanto comunista como fascista, según los autores estudiados), el antipopulismo se convierte entonces en un concepto de combate contra lo que sería la falsa democracia, porque la mayoría (el pueblo) puede oponerse al gobierno de los más aptos (la élite). Encontramos en estos argumentos las bases de los que denunciaban ya en los años 1930 uno de los padres de la escuela económica neoliberal de Viena, Ludwig Von Mises (1996 p. 150, nuestra traducción):

El concepto de gobierno mayoritario o gobierno por el pueblo, recomendado por el liberalismo, no aspira a que prevalezca la masa, el hombre de la calle. Ciertamente no aboga, como algunos críticos suponen, por el gobierno de los más indignos, zafios e incapaces. No dudan los liberales que sobre todo conviene a la nación ser regida por los mejores.

Añade unas páginas después Mises (1996 p. 153, nuestra traducción):

Los dogmas colectivistas modernamente reaparecidos — causa principal de los desastres y dolores que nos afligen — han triunfado de tal modo que han logrado relegar al olvido las ideas básicas en que se funda la filosofía social liberal. Hoy en día desconocen este pensamiento incluso muchos de los partidarios de las instituciones democráticas. Los argumentos que esgrimen para justificar la libertad y la democracia están plagados de errores colectivistas; sus doctrinas más bien constituyen una tergiversación que una defensa del liberalismo auténtico. Las mayorías, en su opinión, tienen siempre razón simplemente por cuanto gozan de poder bastante para aplastar al disidente; el gobierno mayoritario equivale a la dictadura del partido más numeroso, no teniendo por qué refrenarse a sí misma la mayoría en el ejercicio del poder, ni en la gestión de los negocios públicos. Tan pronto como una facción cualquiera ha conquistado el apoyo de la masa y, por ende, controla todos los resortes del gobierno, considérase facultada para denegar a la minoría aquellos mismos derechos democráticos que le sirvieron para predominar. Este pseudoliberalismo, evidentemente, es la antítesis de la filosofía liberal.

En otro libro, Ludwig von Mises (1951, p. 21, nuestra traducción) explicitó lo que es según él la verdadera doctrina liberal y por consiguiente la esencia misma de la democracia:

El orden social capitalista es la realización de lo que debería llamarse democracia económica [...] Un estado de cosas de esta clase sería tan poco democrático como una constitución social en que los funcionarios y los soldados, y no el conjunto del pueblo, debieran decidir de la política del gobierno. Esto sería lo contrario de lo que tenemos costumbre de llamar democracia. Cuando se afirma que la sociedad capitalista es una democracia de consumidores, se quiere decir con ello que el derecho para disponer de los medios de producción, conferido a los jefes de empresa y a los capitalistas, sólo puede obtenerse por el voto de los consumidores, renovado todos los días en el mercado.

Acorde a esta definición, el populista no puede ser sino un antidemócrata defensor *in fine* del totalitarismo, partiendo de la idea de que el liberalismo económico es sinónimo de democracia.

A modo de conclusión, podemos afirmar que el uso del término “populismo” por los autores de los dos libros estudiados, *El estallido del populismo* (Á. Vargas Llosa, 2017) y *El engaño populista* (Kaiser & Álvarez, 2016), no resuelve las aporías teóricas de una definición que depende fundamentalmente del sentido que se da a los términos “pueblo” y “democracia”. Al rechazar el pueblo/ethnos por su nacionalismo excluyente, al pueblo/démos, por su capacidad de impedir el gobierno de los mejores y asegurar la “dictadura de la mayoría” y al pueblo/pléthos irracional que facilitaría la toma del poder de líderes antidemocráticos, los antipopulistas de la tercera ola reaccionaria apoyan su argumentación en una definición muy precisa de la democracia, concebida como “democracia de mercado” y de los derechos fundamentales de los individuos. Aparece, entonces, a lo largo de este análisis de los libros *El estallido del populismo* (Á. Vargas Llosa, 2017) y *El engaño populista* (Kaiser & Álvarez, 2016) un retrato del populista como un hombre “patologizado y demonizado”, engañador y fundamentalmente de izquierda, debido a su igualitarismo obsesivo. Los casos en los que se tilda de populista a un hombre de derecha es cuando se opone al liberalismo económico al defender un nacionalismo en materia comercial o económica.

Es precisamente negando la validez teórica de la equivalencia entre democracia y liberalismo que los críticos a los antipopulistas de la tercera ola reaccionaria los califican también de “populistas”. El interés heurístico de esta lectura histórica y el uso del término “populista” que se deduce de ella están, sin embargo, menguados por el hecho de que sus adversarios políticos apelan también al término “populista” al hablar de un “populismo desde arriba” o un “populismo de extremo-centro”. De manera casi irónica, podríamos plagiar la frase de Philippe Machefer (1974), según la cual “siempre somos el fascista de otra persona”, afirmando que “somos siempre el populista de otra

persona”. Etienne Balibar (2015, pp. 5-6, nuestra traducción) sugiere, por ejemplo, la existencia de un “populismo de centro”:

Me gustaría añadir la idea de que es tanto más insuficiente y desconcertante hablar de un “extremismo” que oscila entre la derecha y la izquierda cuando en realidad también hay un “populismo de centro” muy poderoso: en el sentido de que el “populismo” evoca una opinión pública manipulada por estructuras de poder contra un “enemigo” imaginario que sirve para impedir que los ciudadanos se informen y descubran dónde están sus propios intereses. Tomo el término “centro” en dos sentidos a la vez: el “centro” político, en oposición a los extremos, y el “centro de poder” dominante.

En esta misma perspectiva, para el sociólogo Michel Wieviorka (2017), Emmanuel Macron encarnaría un “populismo desde arriba” al defender este discurso de “extremo-centro”. Otro líder afín al ultraliberalismo, Margaret Thatcher, fue también tildada de populista por Stuart Hall (2008). Según este autor, representaba un “populismo autoritario” porque defendía una forma excepcional del Estado capitalista que, a diferencia del fascismo clásico, conservó la mayor parte de las antiguas instituciones representativas, mientras construyó a su alrededor un consentimiento popular activo. Stuart Hall (2008) llegó a la conclusión de que el thatcherismo fue una derecha “gramsciana” que reclamó una “novedad radical”. En comparación con el viejo conservadurismo, deseó transformar radicalmente el sistema político heredado de la Segunda Guerra Mundial y basado en el consenso keynesiano. Con su famoso credo “No Hay Alternativa” (*There Is No Alternative* [TINA]), logró desprestigiar ideas enraizadas en las mentalidades europeas como las de “gasto social”, de “igualdad” y de “propiedad pública” en nombre de un derecho natural a la desigualdad y la primacía de la seguridad sobre la democracia. En este sentido, Stuart Hall (2008) concluyó a una victoria ideológica y cultural de esta “nueva derecha” al lograr imponer sus propios modelos sociales (el empresario, el consumidor, el propietario) y dar la impresión de que “tiene la historia de su lado”.

El uso del término *populismo de extremo-centro* para calificar a los turiferarios de la democracia de mercado hace hincapié en la tensión creciente entre liberalismo y democracia en muchos países del planeta. Estos dos términos aparecen como sinónimos en el discurso de la tercera ola reaccionaria, puesto que los dos se realizarían a través de la valoración del libre mercado, por un lado, y la de los derechos humanos, por otro. Pero esta concepción liberal minora el papel simbólico que juega la soberanía popular, que es la columna vertebral del ideal democrático. La soberanía del pueblo se percibe ahora, en la mayoría de los casos, como una idea obsoleta y un obstáculo para la realización de los derechos humanos. Esta lectura no toma en cuenta la articulación de dos tradiciones diferentes: la tradición liberal (con libertad individual y pluralismo) y la tradición democrática (que enfatiza la soberanía y la igualdad popular). Esta articulación se formó en el siglo

XIX, con la alianza entre las fuerzas liberales y democráticas. Como C. B. MacPherson (1977) señaló, el resultado ha sido que el liberalismo se fue democratizando y la democracia se fue liberalizando.

La legitimidad de la democracia liberal moderna proviene de la soberanía del pueblo, y quienes creen que es posible prescindir de ella están profundamente equivocados. El déficit democrático que se manifiesta de muchas maneras en un número creciente de sociedades liberales se debe a que la gente siente que no hay espacio para una participación significativa en las decisiones importantes. Este déficit democrático ha contribuido al desarrollo de partidos populistas que pretenden representar al pueblo y defender sus derechos confiscados por las élites. El populismo actual no se puede pensar, como fenómeno político, fuera del marco de la democracia. Al no emprender urgentemente una reflexión sobre la democracia actual y sus límites, es posible que en un futuro no tan lejano desaparezcan tanto la democracia como el liberalismo.

Referencias bibliográficas

- Andurand, A., & Boisard, S. (2017). *El papel de internet en la circulación del ideario neoliberal: una mirada a las redes de think tanks latinoamericanos de las dos últimas décadas*. Recuperado de <https://journals.openedition.org/nuevomundo/71443>
- Angenot, M. (2014). *La rhétorique de la qualification et les controverses d'étiquetage*. Recuperado de <https://journals.openedition.org/aad/1787>
- Balibar, E. (2015). *Du populisme au contre-populisme: histoire et stratégie*. Recuperado de <http://www.populismus.gr/wp-content/uploads/2015/05/interventions3-balibar.pdf>
- Berstein, S., & Becker, J. J. (1987). *Histoire de l'anti-communisme en France* (Tome 1: 1917-1940). Paris, France: Olivier Orban.
- Boisard, S. (2017). *La matriz antiliberal en las derechas radicales: el caso del Frente Nacional Patria y Libertad en Chile (1971-1973)*. Recuperado de <http://journals.openedition.org/nuevomundo/69124>
- Bustamante, G. A. (2013). *El proyecto Chávez (1999-2007). Participación, isocracia e integración regional*. Santiago, Chile: Ed. Universitaria.
- Calderón, G. (2017). Ecuador: la revolución, el buen vivir y la tiranía de ingenieros sociales. In Á. Vargas Llosa (Coord.), *El estallido del populismo* (pp. 197-224). Barcelona, España: Planeta.
- Castro-Rea, J. (2018). Escrever com a direita: os best sellers da direita no espanhol e sua promoção nas redes transnacionais. In E. Bohoslavsky, R. P. S. Motta, & S. Boisard (Dirs.), *Pensar as direitas na América Latina* (p. 144-160). São Paulo, SP: Alameda.
- De la Torre, C. (2017). *Populismos: una inmersión rápida*. Barcelona, España: Tibidabo.
- De la Torre, C., & Arnson, C. (2013). *Latin American populism in the twenty-first century*. Washington, DC: Woodrow Wilson Center.

Germani, G., Ianni, O., & Torcuato, D. T. (Eds.). (1973). *Populismo y contradicciones de clase en Latinoamérica* (Serie Popular). México, DF: Era.

Gini, C. (1935). *Prime linee di patologia economica*. Milano, Italia: Giuffrè.

Hall, S. (2008). *Le populisme autoritaire. Puissance de la droite et impuissance de la gauche au temps du thatchérisme et du blairisme*. Paris, France: Amsterdam.

Harneker, M. (2004). *Venezuela. Una revolución sui géneris*. Madrid, España: Viejo Topo.

Hawkins, K. A., Carlin, R. E., Littvay, L., & Kaltwasser, C. R. (Dirs.). (2018). *The ideational approach to populism: concept, theory, and analysis*. London, England: Routledge.

Hayek, F. (1988). *The Fatal Conceit: The Errors of Socialism*. Chicago: University of Chicago Press.

Hirschman, A. (1991). *The rhetoric of reaction: perversity, futility, jeopardy*. Cambridge, MA: The Belknap Press of Harvard University Press.

Ionescu, G., & Gellner, E. (Dirs.). (1969). *Populismo y sus significados y características nacionales*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.

Kaiser, A. (2014). *La fatal ignorancia. La anorexia cultural de la derecha frente al avance ideológico progresista*. Madrid, España: Unión Editorial.

Kaiser, A., & Álvarez, G. A. (2016). *El engaño populista. Por qué se arruinan nuestros países y cómo rescatarlos*. Barcelona, España: Planeta.

Kaltwasser, C. R., Taggart, P., Espejo, P. O., & Ostiguy, P. (Dirs.). (2017). *The Oxford handbook of populism*. Oxford, England: Oxford University Press.

Krauze, E. (2017). Los redentores no cambian. In Á. Vargas Llosa (Coord.), *El estallido del populismo* (pp. 53-80). Barcelona, España: Planeta.

Laclau, E. (2005). *On populist reason*. London, England: Verso.

Larroulet, V. C. (2017). ¿Se aleja el fantasma? In Á. Vargas Llosa (Dir.), *El estallido del populismo* (pp. 287-308). Barcelona, España: Planeta.

Lechín, J. C. (2017). Evo Morales, monarquía plebeya o monarquía lumpen. In Á. Vargas Llosa (Dir.), *El estallido del populismo* (pp. 235-258). Barcelona, España: Planeta.

Lipset, S. M. (1963). *The political man: the social bases of politics*. Garden City, MI: Doubleday.

Machefer, P. (1974). *Ligues et fascismes en France, 1919-1939*. Paris, France: Presses Universitaires de France.

Macpherson, C. B. (1977). *The life and times of liberal democracy*. Oxford, England: Oxford University Press.

Malamud, C. (2010). *Populismos latinoamericanos. Los tópicos de ayer, de hoy y de siempre*. Oviedo, España: Nobel.

Malloy, J. M. (1977). *Authoritarianism and corporatism in Latin America*. Pittsburgh, PA: University of Pittsburgh Press.

Mises, L. V. (1951). *Socialism: an economic and sociological analysis*. New Haven, CT: Yale University Press.

Mises, L. V. (1996). *Human action: a treatise on economics*. Auburn, AL: The Ludwig von Mises Institute.

Mudde, C., & Kaltwasser, C. R. (Eds.). (2012). *Populism in Europe and the Americas: threat or corrective for democracy? Cambridge, England: Cambridge University Press.*

Müller, J. W. (2016). *Was ist Populismus? Ein Essay*. Frankfurt am Main, Deutschland: Suhrkamp.

Popper, K. (1945). *The open society and its enemies*. London, England: Routledge.

Rivero, A., Zarzalejos, J., & Del Palacio, J. (Dir.). (2017). *Geografía del populismo. Un viaje por el universo del populismo desde sus orígenes hasta Trump*. Madrid, España: Tecnos.

Rojas, M. (2017). El populismo en Europa Occidental. In Á. Vargas Llosa (Coord.), *El estallido del populismo* (pp. 353-380). Barcelona, España: Planeta.

Schüler, F. L. (2017). Lula y el PT, la incógnita brasileña. In Á. Vargas Llosa (Coord.), *El estallido del populismo* (pp. 123-140). Barcelona, España: Planeta.

Skinner, Q. (2000). *La liberté avant le libéralisme*. Paris, France: Seuil.

Taguieff, P. A. (1997). Le populisme et la science politique: du mirage conceptuel aux vrais problèmes. *Vingtième Siècle: Revue d'Histoire*, 56, 4-33.

Tarragoni, F. (2013). La science du populisme au crible de la critique sociologique: archéologie d'un mépris savant du peuple. *Actuel Marx*, 56-70.

Toledo, C. A. (2017). Ellos y nosotros: el populismo en España. In Á. Vargas Llosa (Coord.), *El estallido del populismo* (pp. 311-328). Barcelona, España: Planeta.

Touraine, A. (1989). *América Latina: política y sociedad*. Barcelona, España: Paidós.

Traverso, E. (1998). *Le totalitarisme. Histoire et apories d'un concept*. Recuperado de http://www.persee.fr/doc/homso_0018-4306_1998_num_129_3_2963

Traverso, E. (2001). *El totalitarismo. Historia de un debate*. Buenos Aires, Argentina: Eudeba.

Vallespín, F., & Martínez-Bascuñán, M. (2017). *Populismos*. Madrid, España: Alianza.

Vargas Llosa, Á. (Coord.). (2017). *El estallido del populismo*. Barcelona, España: Planeta.

Vargas Llosa, M. (2017). El populismo, el nuevo enemigo. In Á. Vargas Llosa (Coord.), *El estallido del populismo* (pp. 9-23). Barcelona, España: Planeta.

Wieviorka, M. (2017, 19 février). *Emmanuel Macron incarne un « populisme d'en haut »*. Recuperado de https://www.lemonde.fr/idees/article/2017/02/19/emmanuel-macron-incarne-un-populisme-d-en-haut_5081979_3232.html

Como citar este artículo:

Norma A – ABNT

BOISARD, S. Del totalitarismo al populismo: el enemigo antiliberal en el discurso de derecha.

Conhecer: Debate entre o Público e o Privado, v. 10, n. 24, p. 24-48, 2020.

Norma B – APA

Boisard. S. (2020). Del totalitarismo al populismo: el enemigo antiliberal en el discurso de derecha.

Conhecer: Debate entre o Público e o Privado, 10(24), 24-48.

Norma C – Vancouver

Boisard S. Del totalitarismo al populismo: el enemigo antiliberal en el discurso de derecha. *Conhecer:*

Debate entre o Público e o Privado [Internet]. 2020 [cited Oct 11, 2020];10(24):24-48.

Available from: <https://revistas.uece.br/index.php/revistaconhecer/article/view/2686>